

OBSERVACIONES

SOBRE LA

REPRODUCCION DE LA IGUANA TUBERCULATA, LAUR.

POR EL DOCTOR M. G. PERACCA.

En Noviembre de 1890 recibí de un comerciante naturalista de Liverpool cinco ejemplares de *Iguana tuberculata*, Laur., entre los cuales había tres machos y dos hembras.—Cuatro ejemplares eran un poco más grandes que un *Lacerta ocellata*, siendo la cabeza proporcionalmente más chica; el quinto ejemplar es grande como un *Lacerta viridis*, var. *major* (de Dalmacia). Indico someramente el tamaño de mis ejemplares, siendo muy raro que vengan importadas vivas á Europa iguanas tan jóvenes.

Cerca de la mitad de Diciembre, estando los animales completamente repuestos con una buena alimentación; de las fatigas del viaje, observé que los machos trataban de vez en cuando de copular con las hembras, pero éstas los rechazaban con violencia, y aunque todos los cinco ejemplares estuvieran guardados en un solo terrario¹ y se sucedieran tentativas aisladas de copulación, los machos vivían en buena armonía entre sí.

¹ Habitacióncita con suelo de tierra suelta; madriguera.

Pero las cosas cambiaron en el mes de Enero. Evidentemente los machos, presintiendo que sus hembras no estaban lejos de la madurez sexual, se volvieron más atrevidos y comenzaron á luchar entre sí. En los reptiles, y con seguridad en los saurios, se sabe generalmente que los machos luchan unos con otros por la posesión de las hembras. Pero las Iguanas me presentaron dos géneros bien distintos de lucha: un *verdadero combate* encarnizado cuando la hembra no rehusa ya la cópula, en el cual, naturalmente, el macho más robusto y más fuerte pone en fuga al adversario y se une con la hembra que permaneció durante toda la lucha espectadora indiferente y pasiva; y una especie de *justa amorosa* entre los machos cuando las hembras se niegan á copular ó están preñadas, ó habiendo puesto, se mantienen lejos de aquéllos.

Cada vez que dos machos se encuentran en este tiempo, se detienen uno delante del otro; erguidos sobre los miembros anteriores, sacuden de arriba abajo la cabeza, distendiendo el apéndice cutáneo de la garganta, inflan sus pulmones, aumentando así de volumen, y se van uno contra el otro, agachados, caminando torpemente con las garras extendidas, pegándose mutuamente con la cola. Los músculos cutáneos, de que es rica su piel en la base de la cresta dorsal, se contraen y dan lugar á la formación de una verdadera cresta cutánea de una altura de centímetro y medio, sobre la cual se yerguen derechas las largas espinas córneas de la cresta dorsal. De repente, uno de los machos salta sobre el dorso del otro y se detiene lo mejor que puede, abrazándolo donde puede, por las ingles generalmente, con las garras posteriores, y trata de morder las patas anteriores del macho sojuzgado. Éste, y aquí viene lo cómico, no huye de ninguna manera, ni trata de desembarazarse del adversario, pero replegando las piernas anteriores debajo del tronco y doblándose ora de un costado, ora del otro, trata de impedir que el otro le eche el diente. Al fin el macho sobrepuesto atina á aferrar una garrá á su compañero y la tiene apretada entre los dientes, quedando inmóvil, sin que la víctima trate de libertarse, mordiéndolo por cuatro ó cinco minutos seguidos, después de lo cual deja libre á su adversario. Muchas veces acaece que el macho sujetado apenas se siente libre, salta á su turno encima del adversario, que no protesta y se deja morder á su vez. Este *torneo* va acompañado de cambios de coloración de los dos animales, y se repite muchas veces al día.

Cuando, al contrario, las hembras están dispuestas al coito, los machos pelean con furor.

Generalmente, el macho que divisa primero al adversario no le da tiempo de ponerse en defensa; meneando la cabeza, agitando rápidamente la cola como en las luchas á armas corteses ya descritas, le cae encima del dorso con la rapidez del rayo, mordiéndolo hasta sacar sangre, y lacerándole la cresta del cuello si el otro no huye á tiempo.

Cuando las hembras admiten la cópula y se vienen á hallar en presencia de semejantes machos, la hembra queda fecundada por el macho más fuerte que ha quedado dueño del campo, obligando á los otros á huir.

Quise entonces ver si las hembras tenían ó manifestaban preferencia por algún macho: separé de ahí las hembras de los machos, y sucesivamente, por varios días seguidos, puse cada uno de los machos en presencia de las hembras. Comprobé con seguridad que en la cópula las hembras son absolutamente pasivas; que de parte de ellas no tiene lugar ninguna elección; hecho que en este caso era más fácil comprobar, pues uno de los tres machos, el más grueso, tenía una cresta dorsal muy alta; otro, de tamaño un poco inferior, de cresta menos alta; y el tercero, como de la mitad más chico que los otros, con su cresta bajísima.

Pues bien: los tres machos, puestos aisladamente en presencia de una de las dos hembras, saltaban luego sobre ella y la fecundaban, sin que esta hembra, que había sufrido once coitos, se manifestase rehacia ó pareciera ceder con dificultad á cualquiera de los machos.

ber tratado en vano, durante dos días seguidos, de cavar un hueco en el suelo cubierto de arena que cubría el fondo de la madriguera, se resignó á depositar los huevos en un tronco de árbol hueco que yo había dispuesto al efecto. Apenas colocados los huevos, trató de cubrirlos y enterrarlos, y se valió para esto de la arena y del musgo seco que estaban en la embocadura del tronco hueco. La hembra salió del agujero, y haciéndose para atrás acumuló con las patas posteriores cuanta arena y musgo pudo. Después, volviéndose, arregló estos materiales lo mejor que le fué posible con las patas anteriores, y no bastando para cubrir los huevos, salió del tronco y volvió á comenzar la misma maniobra.

Quitó entonces todos los huevos, y por más que observase con atención y por largo tiempo, la hembra no pareció preocuparse de la desaparición de ellos, que, sin embargo, sabía no haberlos enteramente cubierto.

La hembra gris no parió sino hasta el 11 de Mayo, y en contra de todo lo que yo esperaba, puso quince huevos, no todos en una vez, sino *uno ó dos* cada día, sin intentar hacer una oquedad. Todos estos huevos, en libertad, hubieron ciertamente salido perdidos.

He tratado antes y durante la gestación de pesar las hembras.

La operación fué imposible con la hembra verde, provista de una agilidad extraordinaria y de unas uñas tan fuertes y filosas, que en pocos momentos reducían mis manos á tal estado que me hicieron abandonar toda tentativa de esta clase.

Estuve más feliz con la hembra gris. Pesada después de las primeras copulaciones el 11 de Abril, cuando el animal empezaba ya á comer menos, registré un peso de 672 gramos; vuelta á pesar la hembra el 24 de Mayo, quince días antes de la postura, obtuve un peso de 643 gramos. La hembra había perdido, pues, 29 gramos de peso.

Desgraciadamente la hembra gris, no habiendo puesto todos los huevos á la vez, no pude pesarla después de la postura.

Á pesar de todos mis cuidados, los huevos, después de diez ó doce días de incubación, se echaron á perder.

Habiendo abierto muchos cuyo cascarón había sido invadido por mohos de toda clase, comprobé la presencia de un embrión de cerca de un centímetro y medio de largo: en uno de éstos el corazón latía todavía.

Un hecho curioso es que después de la cohabitación no se les pasó de ninguna manera á los machos el deseo genesiaco. Ya mucho tiempo antes de que las hembras admitieran la cópula los machos trataban de verificarla.

Después de su unión separé los machos de las hembras, y uno de éstos fué por casualidad colocado en una madriguera donde vivían un par de *Amphibolurus barbatus*, Cav.

Y bien: me aconteció sorprender varias veces á mi Iguana afanada en someter á sus deseos los dos *Amphibolurus*, macho y hembra, que á veces la dejaban trabajar y á veces se defendían lo mejor posible de estos ataques, casi nuevos para ellos.

Intenté entonces, ya que se me presentaba la oportunidad, comprobar si una copulación tan disparatada (entre un Iguanídeo y un Agamídeo) daría lugar á algún resultado, y ayudando á mi Iguana en sus esfuerzos, pude, del 14 al 16 de Marzo de 1891, obtener efectivamente dos uniones con la hembra del *Amphibolurus*. Los resultados, como era lícito suponer, *à priori*, fueron nulos.

He referido esto para hacer resaltar más el hecho curioso que los machos de las Iguanas están casi continuamente en brama.

En este tiempo los machos separados en madrigueras diferentes, de donde podían verse, se excitaban mutuamente extendiendo el apéndice cutáneo de la garganta y meneando la cabeza de arriba abajo, y si los juntaba yo, se entregaban á las *justas* ya descritas.

Estos hechos autorizan á creer que en el Norte de la América del Sur, donde vive esencialmente la *Iguana tuberculata*, Laur., no haya para las Iguanas un período de amores, como para la mayor parte de los saurios de los que conocemos más ó menos las costumbres.

Las hembras, muy probablemente, desovan tres veces al año.

Como las crías hembras que de ellas nacen llegan á su turno dos meses después de nacidas á la madurez sexual en tiempos diferentes de la madre, resulta de ahí que en todos los meses del año, considerando muchas generaciones, están las hembras preparadas para la copulación. Así se explicaría cómo los machos están continuamente dispuestos á la reproducción.

Esto se confirma para mí, en gran parte, por el hecho de que una de mis hembras, la gris, que fecundada al principio de Marzo parió en los primeros días de Mayo, hizo la cópula de nuevo el 2 de Septiembre del mismo año. La preñez marcha bien actualmente, y muy probablemente se verificará la postura de los huevos hacia el 10 del mes de Noviembre.

Entre nuestros saurios europeos la *Lacerta agilis*, según las recientes observaciones, se reproduce dos veces al año, en Junio y Septiembre. Nadie, sin embargo, que yo sepa, ha comprobado que los machos estén en amores todo el año: el fenómeno es por ende notablemente diverso.

CONCLUSIONES.

Resumiendo brevemente los resultados de las observaciones hechas sobre la reproducción de la Iguana tuberculosa, notamos:

1º Los machos hacen *torneos* entre sí cada vez que se encuentran, pero combaten con fiereza hasta que uno ceda el campo, cuando se hallan en presencia de una hembra dispuesta á la cópula.

2º Las hembras aceptan pasivamente la copulación de cualquier macho, aunque éste, como observé, sea mucho más chico ó más grande que ellas.

3º Los machos no se juntan voluntariamente con todas las hembras. Mis machos, perteneciendo á la variedad gris, rehusaron siempre la copulación con una hembra de la variedad verde que, viéndose despreciada, requebraba á los machos para invitarlos á la coyunda.

4º Los machos copulan á lo más dos veces al día.

5º En la cópula los machos emplean solo un pene, según la postura tomada sobre la hembra: los dos penes no funcionan, pues, contemporáneamente.

6º Las hembras, antes de la copulación, presentan un período de *hiperfagia* por cosa de veinte días. Luego, después de la cópula, la nutrición vuelve al estado normal para cesar casi completamente (por diez ó doce días) hasta el tiempo del parto. La preñez dura cerca de setenta y cinco días.

7º Los machos están dispuestos á la copulación durante todo el año, y las hembras con toda probabilidad paren tres veces al año, poniendo cada vez catorce á diez y seis huevos. La Iguana tuberculosa no presenta, pues, como la mayor parte de los otros saurios, un período de amores.

(Traducido del "*Bollettino dei Musei di Zoologia ed Anatomia comparata della R. Università di Torino*, Noviembre, 1891).—A. Dugès.



Téngase en cuenta que cuando la hembra rehusaba la cópula, sabía perfectamente desembarazarse con rapidez aun del macho más grande, retorciéndose en la tierra cuando el macho estaba ya sobre ella y la tenía asegurada con los dientes por el pescuezo, ó pasando rápidamente debajo de cualquiera rama, donde apenas podía pasar la hembra, y contra la cual venía á topar cayéndose el macho importuno.

El hecho importante que puedo asegurar es que, si no hay absolutamente elección sexual por parte de las hembras, la hay en contra, y de un modo muy manifiesto, por parte de los machos.

Las dos hembras que poseo son muy distintas entre sí por la forma y por la coloración. Las dos son del tamaño del macho más grande. Una de ellas tenía la cresta casi tan alta como la de los machos. El abdomen es, como en todas las hembras de los saurios, más ancho y de mayor capacidad que en los machos; la coloración, gris rojizo. La otra hembra de cresta muy baja; las espinas que la componen no eran derechas, sino falciformes, con la punta volteada hacia atrás, y su abdomen delgado y poco amplio: la piel, que á lo largo del abdomen forma en los machos como en las hembras unos pliegues longitudinales que desaparecen solo en el caso de enorme distensión después de una copiosa comida, se presentaba en esta hembra como lisa, restirada sobre el cuerpo, aun cuando su abdomen no esté distendido por el alimento; la coloración era de un verde hierba franco.

Pues bien; los tres machos, perteneciendo todos á la variedad gris rojiza, nunca manifestaron ocuparse de esta hembra y rehusaron decididamente copular con ella.

Era curioso ver como, cuando uno cualquiera de los machos se le introducía en la madriguera de las dos hembras, súbitamente, sin incertidumbre, corría hacia la hembra gris y con ella se unía. Y mientras esta hembra indiferente admitía la coyunda, la hembra verde con frecuencia seguía á los machos que la desdeñaban, se les ponía por delante, batiendo rápidamente el suelo con sus patas anteriores, mordía ó trataba de morder el cuello de los machos, y muchas veces saltaba sobre ellos como para invitarlos á la cópula.

Para conseguir, finalmente, que los machos se unieran con esta hembra, tuve que impedir toda relación de los machos con la otra, y ponerlos durante varios días seguidos en presencia de la hembra verde sola.

Después de negarse mucho los machos, á falta de cosa mejor, acabaron por sucumbir al estímulo venéreo y se juntaron con esta hembra.

Creo útil referir aquí, de una manera particular, la cópula, sobre cuyo mecanismo no me ha sucedido hasta ahora leer nada semejante á todo lo que he observado en las Iguanas.

El macho, cuando ha alcanzado á la hembra, salta sobre ella y trata de agarrarse, cogiéndole con los dientes la cresta ó la piel floja de los lados del cuello. Cuando la hembra acepta la cópula, no opone resistencia, levanta la cola, é inmediatamente el macho, abrazándola fuertemente con las patas anteriores detrás de los sobacos, trata, doblando en arco su propia cola, de llevar su hendedura cloacal en contacto íntimo con la de la hembra. El macho, según la posición que tomó sobre el dorso de la hembra, dobla su cola á la izquierda ó á la derecha, debajo de la cola alzada de la hembra.

Apenas establecido el contacto entre las dos hendeduras cloacales, los músculos de la cola y de la región lumbo-dorsal del macho, bajo la influencia de poderosísimo estímulo venéreo, entran en una verdadera contracción tetánica que dura todo el tiempo de la cópula, es decir, de cuatro á seis minutos aproximadamente. La hendedura cloacal del macho permanece tan estrechamente aplicada contra la de la hembra, que se necesita un esfuerzo notable para llegar á separala; y entonces solamente es cuando comienza la erección del pene.

Ahora viene á notarse un hecho curioso, y es que *un solo* pene entra en erección y penetra

en la cloaca de la hembra. Cuando el macho dobla su cola á la derecha, debajo de la cola de la hembra, el pene izquierdo es el que entra en función, y el derecho cuando el macho encorva su cola á la izquierda por debajo de la de la hembra. Lentamente el pene entra en erección, aumenta así de volumen y no encuentra, por el indisoluble contacto de las dos aberturas cloacales, más que un solo camino, la hendidura cloacal de la hembra, en donde poco á poco se introduce apartando los labios, para alcanzar en la cloaca la erección completa.

Pude comprobar estas cosas muy exactamente, separando varias veces el macho de la hembra cuando su cola estaba ya en contracción tetánica, pero aun no comenzaba la erección. El macho, aunque violentamente desprendido de la hembra, no podía impedir ya que se verificase una cópula *en blanco*, por decirlo así.

Él se quedaba con el dorso encorvado, las extremidades inertas y colgantes, apoyado en el suelo con las garras anteriores y con la última porción de la cola doblada en arco. Mientras esto sucedía, se verificaba la erección del pene, y observé que éste, aumentando de volumen, salía con lentitud hasta alcanzar su completa expansión; pero no ví que en estas condiciones tuviese lugar la eyaculación.

Durante el coito la hembra permanece inmóvil, y el macho, probablemente en el momento de la eyaculación, hacia el fin de la cópula, mueve rítmicamente la cabeza á derecha é izquierda. Acabado el acto el macho se aleja, y generalmente no persigue por segunda vez á la hembra en el mismo día.

La hembra preferida por los machos tuvo once cópulas del 18 de Febrero al 7 de Marzo: la otra hembra tuvo siete, recurriendo al artificio de poner los machos en su presencia, después de haber separado la otra hembra, y haberlos tenido aislados por muchos días.

Las Iguanas, como la mayor parte de los reptiles esencialmente herbívoros, ingieren diariamente una cantidad considerable de hojas, flores y frutas de toda clase.

Pues bien; cosa de veinte días antes de que las hembras se uniesen con los machos, observé un fenómeno curioso del cual no tuve la explicación sino durante el período de la gestación, y es que las dos hembras comenzaron á comer una cantidad de vegetales enorme en comparación de la cantidad normal de alimento que absorbían antes.

Esta *hiperfagia* duró como unos veinte días. Verificada la cópula desapareció, y después por diez ó doce días las hembras dejaron casi por completo de comer. En el primer mes ellas comían todavía, diariamente, una que otra hoja ó cuatro ó cinco granos de uva, pero desde el segundo mes hasta el fin de la preñez se puede decir que la nutrición quedó completamente suspendida.

Durante este tiempo el abdomen iba aumentando de volumen, hasta que cerca de un mes antes de la puesta los huevos comenzaron á asomar debajo de la piel distendida.

Cada hembra, habiendo puesto de catorce á diez y seis huevos, poco menos grandes que los de una paloma, se comprendía cómo durante la gestación, ocupando los huevos todo el espacio disponible de la cavidad abdominal, comprimiendo las vísceras contenidas en ella, la alimentación debía quedar suspendida en unos reptiles que, siendo fitófagos, han de ingerir diariamente una cantidad considerable de vegetales. Á pesar de este ayuno, casi absoluto en el último mes de la preñez, las hembras empezaban apenas á enflaquecer cuando pusieron sus huevos.

Durante la preñez, á consecuencia del ayuno, las heces fueron totalmente suprimidas y la orina estuvo muy escasa.

La gestación duró cerca de setenta y cuatro días.

La hembra verde, que parió por primera vez el 9 de Mayo, puso catorce huevos de una sola vez en cosa de dos horas y media, con intervalos de seis á siete minutos. Después de ha-

ber tratado en vano, durante dos días seguidos, de cavar un hueco en el suelo cubierto de arena que cubría el fondo de la madriguera, se resignó á depositar los huevos en un tronco de árbol hueco que yo había dispuesto al efecto. Apenas colocados los huevos, trató de cubrirlos y enterrarlos, y se valió para esto de la arena y del musgo seco que estaban en la embocadura del tronco hueco. La hembra salió del agujero, y haciéndose para atrás acumuló con las patas posteriores cuanto arena y musgo pudo. Después, volviéndose, arregló estos materiales lo mejor que le fué posible con las patas anteriores, y no bastando para cubrir los huevos, salió del tronco y volvió á comenzar la misma maniobra.

Quitó entonces todos los huevos, y por más que observase con atención y por largo tiempo, la hembra no pareció preocuparse de la desaparición de ellos, que, sin embargo, sabía no haberlos enteramente cubierto.

La hembra gris no parió sino hasta el 11 de Mayo, y en contra de todo lo que yo esperaba, puso quince huevos, no todos en una vez, sino *uno ó dos* cada día, sin intentar hacer una quiedad. Todos estos huevos, en libertad, hubieron ciertamente salido perdidos.

He tratado antes y durante la gestación de pesar las hembras.

La operación fué imposible con la hembra verde, provista de una agilidad extraordinaria y de unas uñas tan fuertes y filosas, que en pocos momentos reducían mis manos á tal estado que me hicieron abandonar toda tentativa de esta clase.

Estuve más feliz con la hembra gris. Pesada después de las primeras copulaciones el 11 de Abril, cuando el animal empezaba ya á comer menos, registré un peso de 672 gramos; vuelta á pesar la hembra el 24 de Mayo, quince días antes de la postura, obtuve un peso de 643 gramos. La hembra había perdido, pues, 29 gramos de peso.

Desgraciadamente la hembra gris, no habiendo puesto todos los huevos á la vez, no pude pesarla después de la postura.

Á pesar de todos mis cuidados, los huevos, después de diez ó doce días de incubación, se echaron á perder.

Habiendo abierto muchos cuyo cascarón había sido invadido por mohos de toda clase, comprobé la presencia de un embrión de cerca de un centímetro y medio de largo: en uno de éstos el corazón latía todavía.

Un hecho curioso es que después de la cohabitación no se les pasó de ninguna manera á los machos el deseo genesiaco. Ya mucho tiempo antes de que las hembras admitieran la cópula los machos trataban de verificarla.

Después de su unión separé los machos de las hembras, y uno de éstos fué por casualidad colocado en una madriguera donde vivían un par de *Amphibolurus barbatus*, Cav.

Y bien: me aconteció sorprender varias veces á mi Iguana afanada en someter á sus deseos los dos *Amphibolurus*, macho y hembra, que á veces la dejaban trabajar y á veces se defendían lo mejor posible de estos ataques, casi nuevos para ellos.

Intenté entonces, ya que se me presentaba la oportunidad, comprobar si una copulación tan disparatada (entre un Iguanídeo y un Agamídeo) daría lugar á algún resultado, y ayudando á mi Iguana en sus esfuerzos, pude, del 14 al 16 de Marzo de 1891, obtener efectivamente dos uniones con la hembra del *Amphibolurus*. Los resultados, como era lícito suponer, *à priori*, fueron nulos.

He referido esto para hacer resaltar más el hecho curioso que los machos de las Iguanas están casi continuamente en brama.

En este tiempo los machos separados en madrigueras diferentes, de donde podían verse, se excitaban mutuamente extendiendo el apéndice cutáneo de la garganta y meneando la cabeza de arriba abajo, y si los juntaba yo, se entregaban á las *justas* ya descritas.

Estos hechos autorizan á creer que en el Norte de la América del Sur, donde vive esencialmente la *Iguana tuberculata*, Laur., no haya para las Iguanas un período de amores, como para la mayor parte de los saurios de los que conocemos más ó menos las costumbres.

Las hembras, muy probablemente, desovan tres veces al año.

Como las crías hembras que de ellas nacen llegan á su turno dos meses después de nacidas á la madurez sexual en tiempos diferentes de la madre, resulta de ahí que en todos los meses del año, considerando muchas generaciones, están las hembras preparadas para la copulación. Así se explicaría cómo los machos están continuamente dispuestos á la reproducción.

Esto se confirma para mí, en gran parte, por el hecho de que una de mis hembras, la gris, que fecundada al principio de Marzo parió en los primeros días de Mayo, hizo la cópula de nuevo el 2 de Septiembre del mismo año. La preñez marcha bien actualmente, y muy probablemente se verificará la postura de los huevos hacia el 10 del mes de Noviembre.

Entre nuestros saurios europeos la *Lacerta agilis*, según las recientes observaciones, se reproduce dos veces al año, en Junio y Septiembre. Nadie, sin embargo, que yo sepa, ha comprobado que los machos estén en amores todo el año: el fenómeno es por ende notablemente diverso.

CONCLUSIONES.

Resumiendo brevemente los resultados de las observaciones hechas sobre la reproducción de la Iguana tuberculosa, notamos:

1º Los machos hacen *torneos* entre sí cada vez que se encuentran, pero combaten con fiereza hasta que uno ceda el campo, cuando se hallan en presencia de una hembra dispuesta á la cópula.

2º Las hembras aceptan pasivamente la copulación de cualquier macho, aunque éste, como observé, sea mucho más chico ó más grande que ellas.

3º Los machos no se juntan voluntariamente con todas las hembras. Mis machos, perteneciendo á la variedad gris, rehusaron siempre la copulación con una hembra de la variedad verde que, viéndose despreciada, requebraba á los machos para invitarlos á la coyunda.

4º Los machos copulan á lo más dos veces al día.

5º En la cópula los machos emplean solo un pene, según la postura tomada sobre la hembra: los dos penes no funcionan, pues, contemporáneamente.

6º Las hembras, antes de la copulación, presentan un período de *hiperfagia* por cosa de veinte días. Luego, después de la cópula, la nutrición vuelve al estado normal para cesar casi completamente (por diez ó doce días) hasta el tiempo del parto. La preñez dura cerca de setenta y cinco días.

7º Los machos están dispuestos á la copulación durante todo el año, y las hembras con toda probabilidad paren tres veces al año, poniendo cada vez catorce á diez y seis huevos. La Iguana tuberculosa no presenta, pues, como la mayor parte de los otros saurios, un período de amores.

(Traducido del "*Bollettino dei Musei di Zoologia ed Anatomia comparata della R. Università di Torino*, Noviembre, 1891)."---A. Duges.

